

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

10, 17, 24, 31 de octubre de 2021

MD 2021 / 13

LA PUERTA SAGRADA A LA VIDA

El viático es la puerta sagrada, Cristo que nos hace pasar de la muerte a la vida. Jesucristo nos dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6,54).

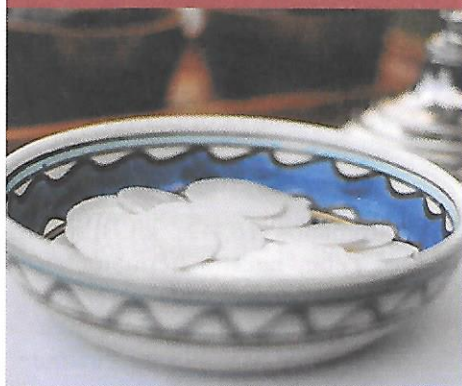
Para la Iglesia el fin primario y primordial de la reserva de la Eucaristía fuera de la misa es la administración del viático. Y por este motivo se ofrece a las personas que están a punto de abandonar este mundo la Eucaristía como viático (la *vía* a la Vida).

Antes de ser engullidos por la muerte, Cristo nos toma de la mano y nos acompaña hacia la casa del Padre. Y pasamos la puerta acompañados por todo el Cuerpo de Cristo (la Iglesia).

Cuando estamos ante una persona bautizada que está, o parece, a punto de abandonar esta vida mortal, deberíamos considerar normal el ofrecerle esta puerta, el viático, que lleva hacia el encuentro definitivo con el Padre y con todos los santos. Cuando se intuye que ha llegado la hora de abandonar esta vida mortal, es el momento de celebrar el viático, también si procede, dentro de la misa celebrada en el propio hogar del enfermo. Cuando el enfermo no puede tomar el viático bajo la especie del pan, entonces, si se ha celebrado la misa, se puede administrar al enfermo bajo la especie del vino.

Cuando sea la hora, el viático, se envuelve de la eternidad del amor de Dios manifestado en Jesús y me uniré plenamente al Cuerpo de Cristo. Con esta última comunión dejo que el Cordero de Dios, vencedor del pecado y de la muerte, entre definitivamente en mi hogar, me regale la salvación, y me haga sentar en el banquete del Reino de Dios.

D. 28 del tiempo ordinario / B
D. 29 del tiempo ordinario / B
D. 30 del tiempo ordinario / B
D. 31 del tiempo ordinario / B



JAUME FONTBONA

EL DIACONADO DE LAS MUJERES: DATOS BÍBLICOS

Los dos pasajes del Nuevo Testamento más relevantes en referencia al diaconado de las mujeres son Romanos 16,1-2 y 1 Timoteo 3,11. En ambos textos, el título *diákonos*, que en la Biblia griega de los Setenta y el Nuevo Testamento nunca aparece en femenino, se refiere explícita o implícitamente a las mujeres. Cabe destacar que, si bien la exégesis de estos pasajes no presenta especiales divergencias entre los estudiosos, a nivel hermenéutico existen diferencias sustanciales sobre todo en lo que respecta al valor del término *diákonos* en Romanos 16,1 y a la identidad de las mujeres en 1 Timoteo 3,11.

Romanos 16,1-2: «¹Os recomiendo a Febe, nuestra hermana, *diácono* de la Iglesia de Cencreas. ²Recíbidla en el Señor de una manera digna de los santos, y asistidla en cualquier cosa que necesite de vosotros, pues ella ha sido protectora de muchos, incluso de mí mismo».

La carta a los Romanos, escrita en Corinto probablemente en el invierno del año 57-58 dC, concluye con el capítulo 16, considerado por algunos como una carta de recomendación independiente que Pablo envía a la iglesia de Éfeso. En ella, el apóstol presenta las credenciales de Febe, una mujer perteneciente a la comunidad cristiana de Cencreas, el puerto al este de Corinto. Se la designa con tres apelativos: *adelfé* (hermana), *diáko-*

nos (diácono) y *prostátis* (patrona, protectora, cónsul). La interpretación de *diákonos*, el único de los tres sustantivos de género masculino, ha dividido a los comentaristas. Para algunos, el sustantivo tiene un significado noble, pero no ministerial en el sentido técnico, es decir, se refiere a una persona «que está al servicio». Para otros, refleja una situación eclesial en la que ya se perfila un significado ministerial del diaconado, y específicamente también de las mujeres. Para otros, Romanos 16,1 es el primer testimonio de un verdadero y propio diaconado femenino, paralelo al diaconado masculino (cf. Fil 1,1; 1Tim 3,8.12; 4,6; Tit 1,9), aunque sea de forma rudimentaria. De hecho, en la época de Romanos 16,1-2 los diversos ministerios apenas comenzaban a tomar forma, lo que dependía en gran medida de las circunstancias y necesidades de cada comunidad. Sin embargo, el pasaje sobre Febe es el retrato de un miembro importante de la comunidad que desempeña una función especial y en la que podría situarse el inicio del diaconado. En sus comentarios a Romanos 16,1-2, Orígenes, Juan Crisóstomo, Teodoreto de Ciro y Pelagio muestran que conocen y aceptan la existencia de mujeres diáconos al interpretar *diákonos* en un sentido técnico.

La 1 Carta a Timoteo 3,8-13: «⁸También los diáconos deben ser dignos, sin doblez, no dados a beber mu-

cho vino ni a negocios sucios; ⁹que guarden el Misterio de la fe con una conciencia pura. ¹⁰Primero se les someterá a prueba y después, si fuesen irreprochables, serán diáconos. ¹¹Las mujeres igualmente deben ser dignas, no calumniadoras, sobrias, fieles en todo. ¹²Los diáconos sean casados una sola vez y gobiernen bien a sus hijos y su propia casa. ¹³Porque los que ejercen bien el diaconado alcanzan un puesto honroso y grande entereza en la fe de Cristo Jesús».

La primera carta a Timoteo, escrita probablemente por un discípulo de Pablo entre los años 80 y 90, se dirige al pastor encargado de la comunidad de Éfeso. En el capítulo tercero se mencionan dos ministerios eclesiales, que en aquella época aún no estaban bien definidos (el episcopado y el diaconado), y se especifican los criterios de elección de cada uno de ellos (1Tim 3,1-11). La lista de cualidades exigidas a los que desean ser diáconos (3,8-13) se interrumpe con un versículo (v. 11) dedicado a las *gynaikas* (mujeres), a las que también se exigen ciertas cualidades. Los estudiosos están divididos acerca de la identidad de estas mujeres: ¿son mujeres que ejercen funciones diaconales, las esposas de los diáconos, una categoría de viudas encargadas de prestar servicios especialmente a las mujeres, o mujeres en general? Si se tiene en cuenta la mención de Febe como diá-

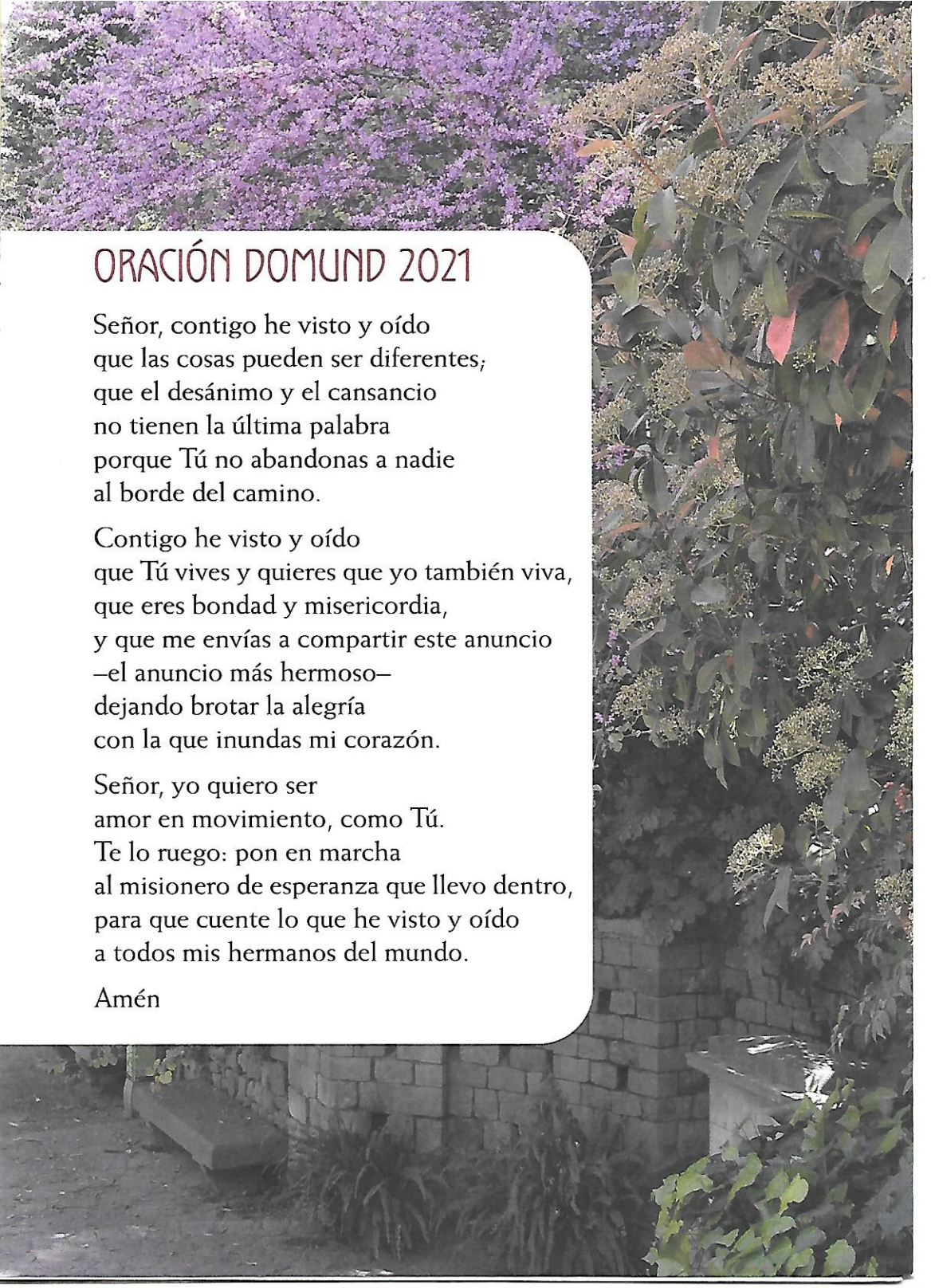
cono en Romanos 16,1, el contexto, la sintaxis del pasaje y la similitud de las cualidades exigidas a los diáconos y a las mujeres, así como la presencia del adverbio *hosautós* (de la misma manera) que introduce una nueva categoría de personas, entonces parece lógico suponer que el sustantivo *gynaikas* se refiere a un tercer grupo de personas relacionadas con los diáconos, a saber, las mujeres diáconos. En sus comentarios a 1 Timoteo 3,8-11, Juan Crisóstomo, Teodoreto de Ciro, Teodoro de Mopsuestia y Pelagio interpretan el término *gynaikas* refiriéndose a las mujeres diáconos.

Concluyendo, gracias a los textos bíblicos presentados y a los respectivos comentarios de los Padres de la Iglesia, podemos afirmar la existencia de mujeres diáconos en la Iglesia primitiva. Contamos, además, con abundante documentación literaria, epigráfica e histórica que atestigua el ministerio ejercido por mujeres diácono en Occidente al menos hasta el siglo XII y hasta más tarde en Oriente.

DRA. NURIA CALDUCH-BENAGES
Secretaria de la Pontificia Comisión Bíblica

Ilustración: Ignasi Flores para el libro
Santa Olimpia. Noble cristiana y diaconisa.
Colección Santos y Santas, CPL 2018



The background of the page is a photograph of a garden. At the top, there is a dense mass of small purple flowers. Below this, on the right side, is a large bush with dark green leaves and some reddish-brown foliage. A stone wall made of grey blocks runs horizontally across the middle of the image. In the foreground, there are some green plants and a small concrete step or ledge. The overall scene is a peaceful garden setting.

ORACIÓN DOMUND 2021

Señor, contigo he visto y oído
que las cosas pueden ser diferentes;
que el desánimo y el cansancio
no tienen la última palabra
porque Tú no abandonas a nadie
al borde del camino.

Contigo he visto y oído
que Tú vives y quieres que yo también viva,
que eres bondad y misericordia,
y que me envías a compartir este anuncio
—el anuncio más hermoso—
dejando brotar la alegría
con la que inundas mi corazón.

Señor, yo quiero ser
amor en movimiento, como Tú.
Te lo ruego: pon en marcha
al misionero de esperanza que llevo dentro,
para que cuente lo que he visto y oído
a todos mis hermanos del mundo.

Amén



LA CORONA DE ADVIENTO

Los símbolos nos ayudan a celebrar mejor. El Adviento lo celebramos a partir de plegarias, cantos, otros elementos simbólicos y, sobre todo, las lecturas bíblicas que nos introducen en su sentido. Pero también nos puede ayudar, tanto en la iglesia como en el ambiente de la familia, de la escuela, de los locales parroquiales..., el símbolo sencillo de la corona de Adviento.

Origen y significado

La corona de Adviento es una costumbre venida del norte de Europa que ha arraigado entre nosotros. Consiste en una corona de ramas verdes, colocada en lugar visible y digno, que tiene colocadas cuatro velas vistosas que representan los cuatro Domingos del Tiempo de Adviento.

Los cirios pueden ser del mismo color, por ejemplo, el morado, que es el color propio de los ornamentos en el Adviento (en el tercer domingo, conocido como el *Gaudete*, se puede poner de color rosa), o bien de cuatro colores diversos que pueden tener también su propio simbolismo: el **morado** (o **azul**) que simboliza el espíritu de vigilia, de atención; el verde, que representa la esperanza; el **rosa** (o **rojo**) que simboliza la alegría; el **amarillo** (o blanco) que representa la presencia luminosa de Dios. En algunos lugares el día de Navidad se conserva la corona y se le añade un cirio blanco más grueso en el medio, que simboliza la llegada de Jesús, para la cual nos hemos estado preparando durante todo el Adviento. Jesús es la luz del mundo que, con su venida, nos ilumina y nos llena de esperanza, de gozo, y por esto tenemos que velar y prepararlo bien.

También es muy adecuado tener bien cerca una imagen de la virgen María (si puede ser, sin el Niño; la imagen propia de Nuestra Señora de la Esperanza, joven y embarazada), ya que ella encarna como nadie las actitudes propias de la espera del Señor que queremos vivir durante el Adviento.

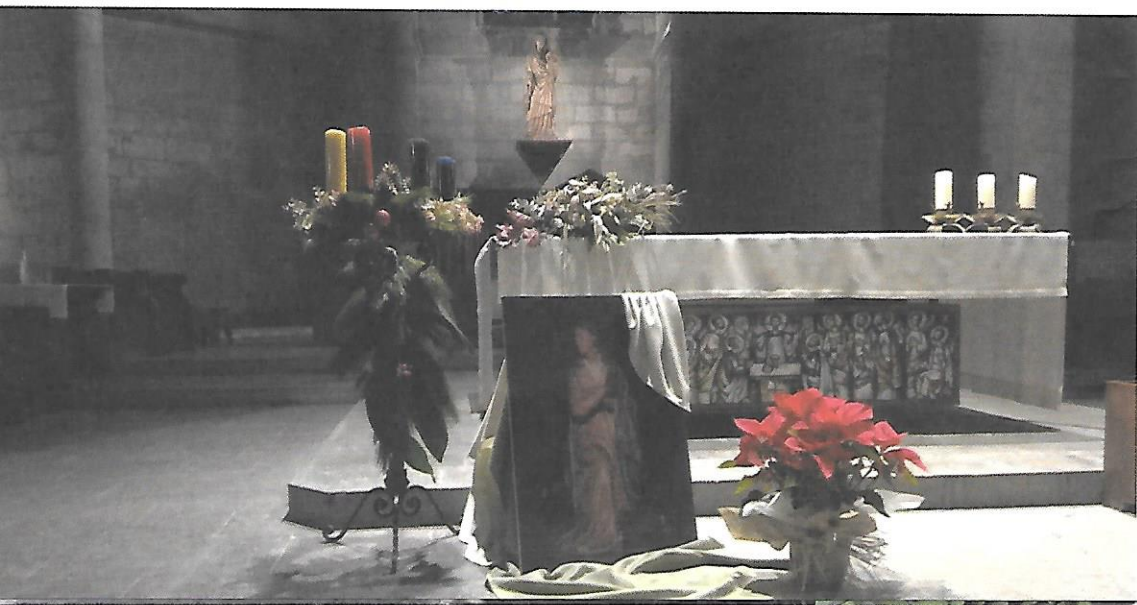
Dónde y cómo

En casa, en la escuela, en los locales de catequesis... y también en la iglesia. El primer Domingo de Adviento encendemos el primer cirio. El segundo domingo, el primero ya está encendido y encendemos el segundo, y así sucesivamente con el tercero y el cuarto.

Cuando hacemos este rito **en la liturgia dominical**, el cirio se enciende inmediatamente después de la salutación del celebrante, el cual nos introduce en su sentido. Mientras se enciende el cirio se puede retomar el canto de entrada con otra de sus estrofas, o bien se lee una oración (de las que ofrecemos unos textos más adelante), o bien se hacen las tres invocaciones del acto penitencial seguidas del «Señor, ten piedad...». Dando por sentado que el encendido del cirio de la corona

de Adviento puede sustituir al acto penitencial de la misa, igual como ocurre otras veces en que hay algún otro elemento litúrgico al comienzo de la misa (los salmos de Laudes o de Vísperas cuando se reza la misa con la Liturgia de las Horas; la bendición de ramos en el Domingo de Ramos; la bendición de las candelas el día de la Candelaria...). También puede estar bien, el primer Domingo de Adviento antes de encender el primer cirio, bendecir la corona que hemos colocado en el presbiterio.

Cuando el rito se hace **en casa, en la escuela, en la catequesis...** el encendido del cirio puede ir acompañado de un espacio de plegaria con algún canto, texto bíblico, comentario, oración, padrenuestro...



Oración para bendecir la corona de Adviento

Dios y Padre nuestro, la tierra se alegra en estos días, y tu Iglesia desborda de gozo ante tu Hijo, el Señor, que se avecina con luz esplendorosa, para iluminar a los que yacemos en las tinieblas de la ignorancia, del dolor y del pecado. Llenos de esperanza en su venida, tu pueblo ha preparado esta corona y la ha adornado con luces. Ahora, pues, que empezamos el tiempo de preparación para la venida de tu Hijo, te pedimos que, mientras se acrecienta cada día el esplendor de esta corona con nuevas luces cada domingo, a nosotros nos ilumines con el esplendor de aquel que, por ser la luz del mundo, iluminará nuestras oscuridades. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Oración para decir mientras se enciende el cirio correspondiente de la corona

Primer domingo

Encendemos, Señor, esta luz,
como aquel que enciende su lámpara
para salir en la noche,
al encuentro del amigo que ya viene.
En esta primera semana del Adviento
queremos levantarnos para esperarte
preparados, para recibirte con alegría.
Muchas sombras nos envuelven.
Muchos halagos nos adormecen.
Queremos estar despiertos
y vigilantes, porque tú nos traes
la luz más clara,
la paz más profunda
y la alegría más verdadera.
¡Ven, Señor Jesús!

Segundo domingo

Los profetas mantenían encendida
la esperanza de Israel.
Nosotros, como un símbolo,
encendemos este segundo cirio.
El viejo tronco está rebrotando,
florece el desierto.
La humanidad entera se estremece
porque Dios se ha sembrado
en nuestra carne.
Que cada uno de nosotros, Señor,
te abra su vida para que brotes,
para que florezcas, para que nazcas
y mantengas en nuestro corazón
encendida la esperanza.
¡Ven, Señor Jesús!

Tercer domingo

En las tinieblas se encendió una luz,
en el desierto clamó una voz.
Se anuncia la buena noticia: el Señor va a llegar.
Preparad sus caminos porque se acerca.
Adornad vuestra alma
como una novia engalanada el día de su boda.
Ya llega el mensajero.
Juan Bautista no es la luz,
sino el que nos anuncia la luz.
Cuando encendemos este tercer cirio
cada uno de nosotros quiere ser
antorcha tuya para que brilles,
llama para que calientes.
¡Ven, Señor, a salvarnos,
envuélvenos en tu luz,
caliéntanos en tu amor!
¡Ven, Señor Jesús!

Cuarto domingo

Al encender este cuarto cirio,
en el último domingo,
pensamos en ella, la Virgen,
tu madre y nuestra madre.
Nadie te esperó con más ansia,
con más ternura, con más amor.
Nadie te recibió con más alegría.
Te sembraste en ella
como el grano de trigo se siembra en el surco.
En sus brazos encontraste la cuna más hermosa.
También nosotros queremos prepararnos así:
en la fe, en el amor y en el trabajo de cada día.
¡Señor, ven a salvarnos!
¡Ven, Señor Jesús!



DOMUND 2021: EXPLICA LO QUE HAS VISTO Y OÍDO

El papa Francisco nos comenta el lema de este año: «invitación a cada uno de nosotros a "hacernos cargo" y dar a conocer aquello que tenemos en el corazón». Este lema está inspirado en el libro de los Hechos de los Apóstoles (4,20): «Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído», que recoge la experiencia de los apóstoles, y de todos los cristianos, que la Buena Noticia que hemos experimentado en nuestra vida no es para ser guardada, sino para ser compartida. La lectura actual que los cristianos hacemos de estas palabras expresa la necesidad de dar testimonio de lo que Cristo Resucitado hace con los que nos encontramos con Él. Del encuentro y la amistad con Cristo surge esta necesidad.

¿Qué hemos visto siendo sus amigos? Le hemos visto: curar enfermos, comer con pecadores, alimentar a los oyentes, acercar a los excluidos, tocar a los impuros, identificarse con los necesitados... Sin la experiencia personal del amor de Dios es imposible evangelizar. Si Dios no está presente en mi vida, ¿qué llevaré a los demás? La dimensión universal de la misión indica que nadie debe sentirse lejano a este amor, y por eso no podemos dejar de anunciarlo y compartirlo; es para todos. En Jesús hemos visto que el amor de Dios es un amor de compasión. Él ama nuestra humanidad y hace suyas nuestras alegrías y sufrimientos. También nosotros como Jesús, debemos hacernos cargo de nuestra fragilidad y la de los demás.



Los primeros cristianos fueron atraídos por el Señor y la vida nueva que ofrecía, para ir entre las naciones a ser testigo de lo que habían visto y escuchado. Lo hicieron con generosidad, sin esperar a ver los frutos. Los testigos de su vida atraía a los que no conocían a Cristo: «Mirad como se aman».

Celebramos el Domund para explicar el trabajo evangelizador de la Iglesia en los territorios de misión, y para dar a conocer la vida de las comunidades que constituyen estas Iglesias jóvenes. Buscamos fuentes para mantener la Iglesia en los Territorios de Misión (encomendados a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos). Promovemos las vocaciones misioneras. La vocación a la misión no es algo del pasado, es actual, y tal como recordaba san Juan Pablo

II, la misión está en sus inicios (cf. *Redemptoris Missio* 1 y 30). Y oramos por las misiones.



La misión evangelizadora de la Iglesia expresa su implicación total y pública en la transformación del mundo y en el cuidado de la creación. La Iglesia existe para evangelizar. Esta es su identidad. Recordemos con gratitud a los misioneros que, con su testimonio de vida, nos ayudan a renovar nuestro compromiso bautismal de ser apóstoles generosos y alegres del Evangelio. Su testimonio nos muestra que la vida cristiana «no aguanta» estar encerrada, sino que debe estar «abierta» a los demás, a todo el mundo. Los imitamos cuando compartimos lo que también nosotros hemos visto y oído.

MANEL ROIG
*Delegado de misiones de la Diócesis
de Sant Feliu de Llobregat*

Reedición de la hoja verde sobre la corona de Adviento

A pesar de que aún quedan algunas semanas para que empiece el Tiempo de Adviento, adjuntamos hoy en esta entrega de MD la reedición de una de las hojas verdes más antiguas que tenemos: LA CORONA DE ADVIENTO (Año cristiano, 2). Ciertamente este es un símbolo muy expresivo que se ha consolidado, tanto en la liturgia como en la ambientación general del Tiempo de Adviento. Por este motivo ofrecemos una nueva versión, ampliada y actualizada en lo relativo a los contenidos y también al formato. Esperamos, como siempre, que os sea de utilidad.



¡Grito de la tierra, grito de los pobres!

Por Bernabé Dalmau, a partir de la encíclica «Laudato sí» del papa Francisco

La destinación común de los bienes

Hoy creyentes y no creyentes estamos de acuerdo en que la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos. Para los creyentes, esto se convierte en una cuestión de fidelidad al Creador, porque Dios creó el mundo para todos. Por consiguiente, todo planteo ecológico debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados. El principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una «regla de oro» del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social». La tradición cristiana nunca reconoció como absoluto o intocable el derecho a la propiedad privada y subrayó la función social de cualquier forma de propiedad privada. San Juan Pablo II recordó con mucho énfasis esta doctrina, diciendo que «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, *sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno*». Son palabras densas y fuertes. Remarcó que «no sería verdaderamente digno del hombre un tipo de desarrollo que no respetara y promoviera los derechos hu-

manos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos». Con toda claridad explicó que «la Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado». Por lo tanto afirmó que «no es conforme con el designio de Dios usar este don de modo tal que sus beneficios favorezcan solo a unos pocos». Esto cuestiona seriamente los hábitos injustos de una parte de la humanidad (*Laudato sí*, 93).

El tema de la destinación común de los bienes es viejo y durante más de medio siglo el magisterio de los papas nos ha ido recordando constantemente que toda la tierra es una herencia común. Todos tenemos la misma dignidad. Y con respecto a la dignidad de cada uno se debe traducir en garantía que dé a cada persona una seguridad existencial. En el marco de esta encíclica toma relieve la consideración de que el medio ambiente es un bien colectivo.

VISITAR

«Me confieso de no haber podido escuchar la misa durante unos cuantos domingos, porque la persona que me asiste venía justo a la hora que dan la misa por televisión». Esta fue la confesión de una persona anciana y enferma a quien, recientemente, visité y llevé la comunión.

Se ha reflexionado y se sigue reflexionando en torno a los efectos del confinamiento sobre la misa dominical. Una experiencia, la del confinamiento, que, entre muchas otras cosas, nos ha situado ante el peso de los medios de comunicación social y su uso en la transmisión del Evangelio y en la «participación» (?) en la vida de la Iglesia. Y nos hace dar cuenta de la importancia de la asamblea dominical, como se nos ha recordado citando a carta apostólica *Dies Domini*: «Es de importancia capital que cada fiel esté convencido de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad cristiana, sin tomar parte regularmente en la asamblea eucarística dominical» (DD 81).

Esto no obstante, el hecho que abre este escrito –la confesión de esta

persona que visité– nos sitúa ante la gran importancia que tiene que la Iglesia esté «presente» en el hogar de esas personas que no pueden moverse a causa de la enfermedad o por la debilidad dada por la edad. Que estas personas puedan experimentar que siguen «participando» de la vida de la Iglesia no se puede dejar solo a la TV o a la radio u otros medios de comunicación. Tenemos en gran estima las retransmisiones de la misa que, ya desde muchos años, contribuyen muchísimo al bien de las personas que deben quedarse en casa o en las residencias y hospitales. Son un buen medio. No obstante, no pueden sustituir la presencia.

Los que hemos recibido el ministerio pastoral debemos cuidar especialmente este aspecto: que la participación en la vida de la Iglesia de las personas que, por más que lo quieran, no pueden acercarse a la asamblea dominical, sean de verdad una participación presencial. Si ellas no pueden ir a la iglesia, sí que la Iglesia, a través de sus pastores y ministros de la comunión, debe hacerse presente donde ellas viven.

JOSEP MARIA ROMAGUERA BACH

Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 📧 cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LIII

Suscripción anual: 85,50 €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975